

ROBERTO DOMINGO

Está tan cerca de nosotros Roberto Domingo que no puede sugerirle a nadie posteridad. Y no porque no concurran en él todas las circunstancias filosóficas que señalan su nombre, sino por la confusión sistemática que el mundo actual sigue en el rumbo. En esos análisis justos que unos pocos van procurando con amor y entusiasmo, existen nombres que aún no están definidos en la Historia. Se llegó, y no muy pródigamente, a calificar a Ribalta y a Ribera dentro de la escuela valenciana, pero todavía faltan en la reivindicación otros astros menores dignos del catálogo en el tiempo, en el ejemplo, en el seguimiento, en el escrutinio. Algunos de estos nombres son, dentro de lo contemporáneo, Muñoz Degraín, Domingo Marqués, Pinazo Camarlench y Sorolla. Este último, aireado con ventaja a causa de su proyección en el mundo americano por nobles mecenas artísticos. Es lógico que Roberto Domingo esté aún más ausente de lo internacional, de la investigación, puesto que fue discípulo de su padre genial, Domingo Marqués. Más aún, repetimos, por causa de esta confusión y locura del mundo, en busca de atrevimientos que nada tienen que ver con la continuidad y con la estabilidad. Porque ésta no es estancamiento, sino descanso y reposo, en la marcha y en el ascenso. Roberto Domingo está aún a nuestro lado. Vivimos todavía los que le tratamos, los que conocimos su afable trato, su carácter extraordinario en la relación. Todos recordamos todavía su vida, y esto es un inconveniente para el juicio. La objetividad en la Historia es imprescindible y ésta la proporciona sólo el tiempo, apartando a los hombres de sus contemporáneos. A pesar de esto puede haber, y debe haber, juicios adelantados, para documentación de generaciones posteriores. Roberto Domingo, pues, según un analista conocedor que vivió su vida paso a paso, está encuadrado dentro de la escuela valenciana con fuerza poderosa, con personalidad relevante, con raíces de historia, como un eslabón más, claro y preciso, del rumbo español en la pintura. Más aún, rebasó al padre genial, en su marcha hacia el futuro. Circunstancias hay en su vida que le determinan y encasillan en lo pequeño, pero en la enjundia íntima y honda de su producción grita una personalidad luminosa que está por descubrir y que el tiempo definirá. Nada importa su humildad auténtica, su silencio de trabajo, sus investigaciones calladas y su soledad admirable; esto es una dificultad menor porque está "aún vivo" entre los que le amamos y le admiramos. Roberto Domingo no puede separar de su obra el carácter ejemplar que como hombre tenía. Esto detiene la valentía del dictado que merece. Pero los que vengan después que nosotros, pasando muchos años, han de coincidir serenamente con nuestra

subjetividad, que creemos justa porque es sincera. Y es sincera, porque cuando se está frente al misterio de las horas y las épocas, el alma no miente. Roberto Domingo fue discípulo de su padre, pero tomando de él la esencia del concepto y las maravillas del oficio. Como su padre, desembocó en lo genuino español, pero con una ampliación más que señaló su personalidad. El sambenito que la afición taurina colgó de su nombre, en su impulso admirativo y popular, ha desviado la trayectoria justa de su fama. Es curioso que la paleta de Roberto Domingo es solamente colorista en exaltación cuando pinta la fiesta de los toros, y no porque el tema lo exija con urgencia y nece-



«Carga de Caballería.» Roberto Domingo. Museo de Bellas Artes de Valencia

sidad —Lucas y Alonza pintaron toros y Goya también, y no fue el color el personaje principal de sus obras—, sino porque parece que quiso poner una frontera en las dos visiones pictóricas de sus cuadros: el de su obra íntima, capaz de la satisfacción, y la del derivativo, aunque enamorado de la luz del tema, y la línea, en mil movimientos y escorzos del torero y el toro. Porque los cuadros mejores de Roberto Domingo son aquellos en que el tema se aparta de la fiesta nacional para expresar sus emociones más amadas, en interiores, escenas de composición admirable, cargas de caballería y otros que estaban en su mente desde que vio pintar a su padre, muy niño, en su estudio de París. Hay cuadros de nuestro amigo desconocidos de casi todos

y que son jalones de luz para alumbrar su historia artística, incluyéndolos en la antología de la edad contemporánea de nuestra pintura. Y estos cuadros no son precisamente los más luminosos ni coloristas; son los que tienen la divina sugerencia de Velázquez y Goya. Porque la paleta íntima y verdadera de Roberto Domingo es meditativa, y todos sabemos que la meditación lleva siempre a perfecciones, no barrocas, sino de espíritu. Hay muchas paletas de pintor inconscientes, artesanas, vulgares, alegres por limitación; la de Roberto Domingo era de meditación y reflexión, buscadora de causas y efectos y, por



«Encerrando el rebaño.» Roberto Domingo. Museo de Bellas Artes de Valencia

tanto, inteligente. Pero el público y la crítica le exigió el cuadro de toros y a ello debe la mitad de su fama. Por ello, a los veintisiete años, ya en España, obtiene la Segunda Medalla en la Exposición Nacional del año 1910, con su cuadro taurino "Suerte de varas", que fue el que le ha obligado a pintar miles de obras del mismo tema, hasta el momento mismo de su muerte. En 1915, otro gran cuadro, "El coleo", es adquirido por el Estado para el Museo de Bellas Artes de Granada. Cincuenta años pintando obras taurinas han anulado, para la colectividad sin preparación, al pintor extraordinario que llevaba en lo más íntimo de su espíritu. Por ello decíamos al principio que su fama y su popularidad sobre su padre no ha sido por este apartado artístico donde tanta gloria hubo, sino por el avance hacia finales más trascendentes que vibra en otras de sus obras y que la crítica de después se encargará

de definir con justicia y con amor, para uno de los pintores mejores de esta época y para uno de los hombres más sencillos y humildes que ha forjado esta generación. Roberto Domingo se nos fue una tarde de agosto de 1956, después de haber vivido 73 años apretados y fecundos de trabajo bello, pleno de poesía, de ternura, de humildad franciscana, con una caballerosidad y señorío que pocos alcanzan en una vida de lucha; porque el que no era amigo suyo fue por envidia o por maldad.

Roberto Domingo será un pintor que salte por encima del tiempo, para señalar a gente joven de otras generaciones cómo fue de hondo y de español su impresionismo y para decir a la Historia que su nombre está inmediatamente después de Sorolla. Hasta ahora, Roberto Domingo es el eslabón de oro que comenzó en el nacionalismo pictórico de Ribalta y que deja, brindándolo como un privilegio, a otros pinceles que quieran continuar la gloria del arte eterno de España.

José Prados López